

Introducción

Contexto en el que surge el proyecto

«Con los débiles en la fe, también para ganarlos, me vuelvo débil como uno de ellos. Es decir, que he me hecho igual a todos para de alguna manera poder salvar a algunos. Y todo esto lo hago por causa del Evangelio, para tener parte en él».

1 Co 9, 22-23

«El que enseña debe “hacerse todo a todos” (1 Co 9,22), para ganarlos a todos para Jesucristo... ¡Sobre todo que no se imagine que le ha sido confiada una sola clase de almas, y que, por consiguiente, le es lícito enseñar y formar igualmente a todos los fieles en la verdadera piedad, con un único método y siempre el mismo! Que sepa bien que unos son, en Jesucristo, como niños recién nacidos, otros como adolescentes, otros finalmente como poseedores ya de todas su fuerzas... los que son llamados al ministerio de la predicación deben, al transmitir la enseñanza del Misterio de la fe y de las reglas de las costumbres, acomodar sus palabras al espíritu y a la inteligencia de sus oyentes».

Catecismo Romano, prefacio 10

Estamos en un nuevo momento. No nos encontramos ya en una situación de cristiandad sino que somos los primeros en vivir un cambio en la forma de ver la realidad, en la manera de entender la cultura y en cómo vivimos la religión.

Constatamos que hay una «nueva mayoría» de indiferentes junto a insatisfechos buscadores de felicidad, seguridad y tranquilidad. La realidad está, más que nunca, cargada de mitos modernos y nuevos ídolos, levantados y destruidos de inmediato, en una corriente rápida y constante de consumo de dioses y mitos. Es la clara manifestación de que las personas que viven en el mundo actual necesitan nuevas seguridades psicológicas en las que creer y que den sentido a su vida. Podríamos decir que se trata de una nueva sociedad enfrentada, contradictoria que se sitúa entre la indiferencia «necesitada» y el fundamentalismo «seguro».

Esta realidad exige una reformulación de la fe (desde todos sus fundamentos: doctrinales, filosóficos y pragmáticos) y testimoniarla de una manera nueva, inicial y primordial. Nuestra responsabilidad está en saber anunciar el Evangelio en estos tiempos que nacen.

La nueva situación que venimos describiendo hace resonar en nosotros el momento que vivieron los apóstoles y los primeros Padres de la Iglesia. Tal vez nuestros libros de cabecera deban ser los Hechos de los apóstoles y los textos de los Santos Padres, que vivían en un nuevo mundo globalizado que presenta algunas similitudes con el nuestro.

Debemos presentar la siempre novedosa Buena Nueva de Jesús: la creativa, original, comprometida y aparentemente utópica propuesta de sus Bienaventuranzas. La presentación se hace en clave de acogida a todos: a los que creen, a los que practican la apostasía, a los que no creen, a los que no lo saben, a los que creen en otras cosas... Asimismo, se realiza en clave de respuesta abierta a todos los problemas, sin amenazas ni incompatibilidades. El dogma no puede ser el arma para reducir y rechazar al otro, sino la seguridad para dar coherencia a nuestra fe.

Esta es la realidad en la que nace el proyecto **Nazaret**: una nueva realidad que necesita una nueva forma de presentar el Evangelio; una realidad profundamente contradictoria, que necesita sacar a todos del «abandono aceptado» de que la vida de cada uno es el límite final; una realidad enfrentada que necesita el Evangelio que acoge y da respuestas abiertas.

Todo proyecto de catequesis se enmarca en la más antigua tradición de la Iglesia. La catequesis enseña, a los que se inician en el proceso cristiano, desde la propia experiencia de vida y transmite no solo conocimientos sino unas actitudes que implican a diario a la persona del catequista.

En nuestra sociedad, el acercamiento a los procesos de catequesis no siempre viene asumido desde opciones de fe por parte de la familia de los niños y niñas. Al mismo tiempo, el acelerado ritmo de nuestra sociedad, los procesos de secularización que la invaden y la propia formación de los catequistas, propician unas necesidades que definen, en sí mismas, cualquier proyecto de catequesis.

Por ello, para definir nuestro proyecto vamos a trabajar sobre los ejes familia-catequista-sociedad para responder así a las necesidades formativas de los niños y niñas, teniendo presente su evolución como persona.

Hoy, más que nunca, resulta imprescindible definir el porqué se opta por un proceso de estilo catecumenal, que debe estar ajeno a modas sociales o tradiciones no asumidas por una opción personal, que busca en último término el encuentro con la fe en el Dios de Jesús.



El proyecto Nazaret

El proyecto Nazaret nace con la intención de acompañar a la persona en su itinerario catequético de fe desde los primeros momentos del despertar religioso hasta la incorporación en la comunidad como cristiano/a adulto, responsable y comprometido, respetando sus características.

No es el objetivo principal preparar a los niños/as para las celebraciones sacramentales (tradicionalmente las catequesis de Primera Comunión o de Confirmación). El proyecto Nazaret propone que estas celebraciones se integren en el proceso de maduración de la fe sin que sean la meta del camino que se recorre en grupo.

Los materiales que componen el proyecto abarcan las distintas etapas de este itinerario y ofrecen contenidos, actividades, celebraciones y recursos para vivir en familia y en grupo el proceso. Cada etapa consta de:

Libro del niño. Es el libro de trabajo del niño/a: en él se desarrollan los contenidos con actividades, canciones, oraciones... y se recogen las celebraciones y fórmulas de fe.



Guía del catequista. En esta guía se ofrece el desarrollo de las sesiones de catequesis del libro del niño así como recursos y actividades variadas y una autoformación destinada al catequista o grupo de catequistas. Se incluye un cd con las canciones del proyecto y diversos materiales.



Boletín para las familias. En el boletín se recogen los contenidos del libro del niño y propuestas para profundizar en casa en la labor iniciada en la catequesis.



El nombre de Nazaret se asocia a la pequeña aldea en la que vivió la Sagrada Familia, donde Jesús creció y vivió, junto con María y José, su fe en Dios. La familia es el ámbito del despertar religioso, el espacio donde los niños y niñas viven el amor de sus padres que les permite acoger el amor sin medida de Dios Padre y Madre y donde aprenden a rezar, a compartir, a pedir perdón... actitudes de fe que les acompañarán durante toda su vida.

Optamos por una **participación activa de las familias** en el proyecto en estrecha colaboración con el grupo de catequistas. Por ello, en el libro que va a utilizar el niño/a hay actividades específicas para hacer juntos en casa. Asimismo, ofrecemos también un material innovador: *el boletín para las familias*. En él se recogen los contenidos principales de cada uno de los temas de catequesis junto con actividades y propuestas para desarrollar la catequesis en familia.

Desde el punto de vista metodológico, los **contenidos** del proyecto son claros, sencillos, adaptados al modo como adquieren hoy la información los niños, adolescentes y jóvenes de esta sociedad. La frase sencilla, la imagen oportuna, el ejemplo apropiado... y todo sin excesiva profundización inmediata. La profundización en el mensaje se hace en el proceso y con la aceptación de quien lo recibe.

La transmisión del mensaje cristiano se hace en **grupo**. Esta convicción debe integrarse en la forma y en el fondo. Cada catequesis es una dinámica de grupo: ningún niño, adolescente, joven o adulto viene a convertirse o educarse solo, lo hace en grupo, colaborando con los demás.

El proyecto persigue **coherencia y unidad global**.

- Unidad de contexto, esto es, transmitir el mensaje en la nueva sociedad, según sus necesidades (análisis de la realidad) y con sus propios medios (utilización de las nuevas tecnologías).
- Unidad de sus participantes: familia-niño-catequista. El proyecto incluye la presencia de todos ellos en el itinerario de fe.
- Unidad individual: cada destinatario recibe el mensaje en su momento adecuado, contando con sus posibilidades intelectuales y sus inquietudes propias.

Consideramos que el **conocimiento de la Sagrada Escritura** es imprescindible. El proyecto Nazaret quiere ofrecer la Biblia como una prioridad para que el catequista y el niño puedan conocerla y leerla. Para ello, en cada uno de los temas del libro del niño habrá una sección bíblica (*Aprendemos de la Biblia*) y en la guía del catequista se ofrece como recurso una *Lectio divina* en la sección de autocatequesis de cada tema. Para las citas bíblicas y los textos nos apoyamos en *La Biblia ecuménica* (Edelvives, 2007).

Los contenidos de fe de cada unidad didáctica del proyecto Nazaret han tenido presente el desarrollo del nuevo catecismo de la Conferencia Episcopal Española *Jesús es el Señor*. Cada unidad didáctica propone al catequista una correlación de textos entre el proyecto Nazaret y el catecismo *Jesús es el Señor*. La intención de nuestro proyecto es dinamizar pedagógicamente los contenidos de fe que ambos presentan.



Los destinatarios en esta etapa del proceso catequético

Rasgos psicológicos de la infancia

Los destinatarios de estos dos primeros años de catequesis tienen entre siete y nueve años; esta edad se encuentra en la infancia intermedia que comprende de los seis a los doce años.

Antes de plantear cómo se van a desarrollar las sesiones de catequesis conviene concretar algunas de las características psicológicas de esta etapa y entresacar de ellas algunas ideas orientadoras de la tarea del catequista. En la siguiente tabla describimos ambos aspectos:

Rasgos psicológicos	Orientaciones para la catequesis
<p>Poseen una idea clara de la propia identidad: saben que son distintos a los demás y todo lo ven en función de ellos y de sus intereses. Son el centro de sus pensamientos y conversaciones. En su proceso de maduración pasarán del egocentrismo a descubrir la generosidad.</p>	<ul style="list-style-type: none"> • Descubrir que el amor que reciben de Dios les ayudará en ese proceso. • Fomentar hábitos de respeto y responsabilidad hacia lo que les rodea. • Presentar modelos de comportamiento en valores solidarios tanto en las fechas señaladas (Domund, Campaña contra el Hambre...) como en cualquier otro momento. • Proponer actitudes responsables en el consumo y gestión del dinero. • Invitar a traducir su amor y generosidad en actitudes y acciones cotidianas.
<p>Descubren las relaciones con los demás, el mundo que hay más allá de la familia. Se interesan en establecer relaciones con los demás que son muy valoradas, especialmente las del grupo de amigos y amigas.</p>	<ul style="list-style-type: none"> • Favorecer la pertenencia e integración al grupo: todos forman parte de él; no excluir; acoger, ayudarse, estar atentos a las necesidades de los demás... • Descubrir desde aquí la pertenencia a la Iglesia, el grupo de los cristianos, familiarizarse con sus miembros, orar por sus necesidades... • Trabajar en grupo, organizar el trabajo para que todos participen, esperar el turno y respetar a los demás cuando hablan... • Descubrir el sentido de la fraternidad: todos amigos en Jesús, todos hermanos en Dios Padre.

Rasgos psicológicos	Orientaciones para la catequesis
<p>Son curiosos y entusiastas, deseosos de aprender. Empiezan a entender el lenguaje abstracto.</p>	<ul style="list-style-type: none"> • Aprovechar la curiosidad del grupo para mantener su atención y anticipar lo que va a ocurrir con acertijos, adivinanzas, pistas, actividades sorpresa, búsquedas del tesoro... • Preparar actividades para hacer que entiendan los conceptos abstractos a través de ejemplos concretos, objetos visuales y palpables, dinámicas y experiencias concretas... • Utilizar la imaginación como herramienta para las distintas actividades y contenidos.
<p>Están aprendiendo a mantener la atención y van descubriendo el gusto por las actividades más calmadas que conllevan reflexión. Aun así, sus periodos de atención son cortos y demandan cambiar de actividad con frecuencia. Disfrutan con el juego, les gusta estar en movimiento: correr, saltar, perseguir...</p>	<ul style="list-style-type: none"> • Favorecer juegos y dinámicas cooperativas frente a los juegos competitivos. • Fomentar la participación de todo el grupo en las actividades y prestar especial atención a los que presenten dificultades de adaptación. • Aprovechar los espacios al aire libre donde poder jugar, correr, saltar o incluso desarrollar parte de la sesión. • Potenciar las actividades relacionadas con la expresión oral, escrita, el dibujo, la lectura... Se pueden recomendar libros adecuados a su edad. • Fomentar la participación en los cantos con el acompañamiento de algún instrumento, participar en el coro escolar o parroquial... • Desarrollar actividades variadas de mayor complejidad puesto que no necesitan ayuda para entender las órdenes de trabajo y manejan sin peligro materiales diversos. • Aprovechar cuantos recursos tengamos para dinamizar las sesiones: danza, teatro, medios audiovisuales...
<p>Descubren la necesidad de expresar, compartir con los demás lo que experimentan, lo que se preguntan, lo que les preocupa. Buscan respuestas con secuenciación lógica a sus interrogantes y hacen suyas las ideas que les convienen. Entienden lo que se les explica y recuerdan lo que han memorizado e interiorizado. Comienza la edad de la razón y ésta va tomando importancia sobre los sentimientos. Comprenden razones y les gusta que les expliquen el por qué de cada cosa.</p>	<ul style="list-style-type: none"> • Promover ocasiones para que expresen sus pensamientos, sentimientos y deseos. • Favorecer el aprendizaje de los contenidos catequéticos marcando las ideas principales, respondiendo entre todos a las preguntas... Exponer los contenidos de manera clara, señalar lo más importante de cada tema, resolver las dudas que planteen.

Rasgos psicológicos	Orientaciones para la catequesis
<p>Se sienten mayores, les gusta obedecer, ser responsables y autónomos. A la vez se sienten inseguros, no controlan sus emociones y pasan de la sonrisa al llanto fácilmente. Necesitan adquirir confianza en sí mismos.</p>	<ul style="list-style-type: none"> • Trabajar la asunción, por parte de los niños y niñas, de pautas de trabajo. • Desarrollar y conceder importancia a la educación de la afectividad.
<p>Temen el fracaso, necesitan ser reforzados positivamente en sus acciones.</p>	<ul style="list-style-type: none"> • Fomentar el trato cariñoso y respetuoso entre ellos. Evitar las críticas, las burlas, los desprecios, los gritos, los castigos... No herir sentimientos, no permitir burlas o apodos. Hablar en privado de cualquier problema que tengan. • Confiar en ellos, repartir responsabilidades e invitar a su cumplimiento. • Conocer las cualidades y capacidades de cada uno para felicitar a todos por igual sea por los éxitos sea por los avances. Elogiar los buenos comportamientos, alentarlos continuamente, destacar sus cualidades. • Descubrir cómo Dios se acerca a los más necesitados, da fuerza a quien no la tiene y se ocupa de los más indefensos.
<p>Desarrollan conciencia moral: distinguen entre lo bueno y lo malo en acciones concretas. Son capaces de valorar las actitudes.</p>	<ul style="list-style-type: none"> • Descubrir que más allá de las acciones que lleve a cabo la persona siempre es valiosa porque Dios la ama siempre. • Fomentar y alentar las actitudes positivas.



Recuperar el mundo afectivo

En la actualidad los expertos de toda clase de disciplinas están de acuerdo en que el desarrollo de la afectividad es uno de los aspectos de la persona que más repercusión tiene en su futuro comportamiento, en su desarrollo profesional y en la vida espiritual. Prestar atención al desarrollo emocional es una tarea urgente dentro del contexto familiar, escolar, social y religioso; enseñar determinadas habilidades emocionales a los niños facilita la adquisición de aspectos fundamentales para que la vida religiosa-espiritual se vaya formando y desarrollando correctamente.

Un adecuado desarrollo de la afectividad supone:

- Ser consciente de los propios sentimientos.
- Saber expresarlos correctamente.
- Poseer la capacidad de establecer relaciones positivas con los demás.
- Llegar a una aceptación adecuada de sí mismo y de los demás.

Si dedicamos tiempo a desarrollar los aspectos relacionados con la afectividad, favoreceremos no solo una relación positiva con Dios sino que también ayudamos en todos los campos del crecimiento del niño: la adaptación, el progreso escolar...

Es necesario recuperar en nuestras catequesis y celebraciones el componente afectivo de los niños y niñas. Si queremos ir educando en la fe, en la experiencia de Dios, conviene dar prioridad a este tema. En nuestra cultura está muy asumido lo que significa comprenderlo todo, la capacidad de razonar, buscar explicaciones justificadas, pero quizás dejamos poco espacio al misterio, a lo no controlable, a lo gratuito, al silencio, a educar la mirada, a la contemplación...

La afectividad con Dios tiene sus fases. En estas edades se busca a Dios en función de la gratificación inmediata: como sistema de seguridad y solución de problemas. Trabajando la dimensión afectiva se está constituyendo el subsuelo de la relación con Dios, los sentimientos primarios que la sustentarán.

No es el momento de entrar en el tema de la educación de la experiencia de Dios sino de ver que el desarrollo y la educación de la afectividad nos ayudará a poner las bases para que se dé en nuestros chicos y chicas la experiencia de Dios. Los grandes maestros espirituales (santa Teresa, san Juan de la Cruz, san Ignacio de Loyola...) dan prioridad al tema afectivo para ir haciendo experiencia de encuentro con Dios. Si la experiencia de Dios se da en el encuentro, en la relación de un yo con un tú, es fundamental trabajar una serie de aspectos que propicien dicho encuentro y relación.



¿Qué es la afectividad?

La afectividad es la disposición de nuestro estado de ánimo, influido por los sentimientos y emociones que las personas y los acontecimientos inspiran en nosotros.

Afectividad viene de afecto; al individuo le afectan cosas, sucesos y circunstancias porque siente; la afectividad es un aspecto unificado de cada vivencia humana, razón por la cual lo que forja a un niño es la burbuja afectiva que le rodea cada día y el sentido que su entorno atribuye a los acontecimientos.

Cuando un niño o niña nace, viene al mundo con un carácter único, distinto al de cualquier otro u otra, pero carece en absoluto del sentido de la propia identidad. Sin embargo, dispone del potencial para construirla. Que esa identidad sea positiva o negativa depende de lo que suceda entre el niño y las personas que lo cuidan, los que están a su alrededor, de sus propias comparaciones de sí mismo con los demás y de la cultura en la que vive. Incluso aunque esté afectado por una minusvalía, dispone de un potencial para edificar la confianza en sí mismo y una autoimagen positiva.

Un niño que es valorado, reconocido, al que se le ayuda a reconocer y a expresar lo que siente y, a la vez, se le enseña a utilizar la razón para controlar esos sentimientos, será más feliz y se comportará más adecuadamente que un niño que, o bien no expresa lo que siente, o bien se deja llevar de forma incontrolada por sus emociones y deseos.

¿Cómo educar la afectividad?

Cuando éramos pequeños...

Nos decían...	Y nos hubiera gustado que nos dijeran...
Estate quieto.	Te amo.
No hagas ruido.	Somos felices al verte.
Date prisa.	¿Cómo te sientes?
No toques eso.	Cuéntame.
Cómelo todo.	Me gusta cuando ríes.
No te manches.	Puedes llorar si quieres.
Saluda.	¿Qué te hace sufrir?
No molestes.	Puedes decir lo que quieras.
No corras.	Es normal tener miedo.
Ten cuidado.	¿Qué piensas de esto?
Peor para ti.	Te escucho.
No estás nunca atenta.	¿Cuándo te sientes más feliz?
No lo puedes hacer.	Me gusta cómo eres.
Eres pequeño.	Es bonito estar junto a ti.
No hay que tener miedo.	Dime si me equivoco.
Antes debes terminar.	Me gustas.

Y aquí entramos en el tema del autoconcepto y autoestima. La autoestima es la conclusión final de un proceso de autoevaluación que realiza cada persona, y podría definirse como la satisfacción personal de cada uno consigo mismo.

La autoestima está formada por tres componentes básicos: el componente cognitivo (lo que pensamos, nuestras ideas y creencias), el componente conductual (lo que hacemos y decimos) y el componente afectivo (lo que sentimos).

La autoestima que un niño tiene está formada por varias valoraciones diferentes según el ámbito o contexto de que se trate; de esta manera, puede tener una buena autoestima en el ámbito familiar, pero no tenerla tan buena en el escolar, por ejemplo.

¿Qué podemos hacer para educar la afectividad?

Ante todo, hay que conocer bien a los niños y niñas que tenemos delante; para ello, conviene contactar con las personas que puedan decir algo de ellos: padres, profesores, hermanos, amigos... así se sabrá cómo estar cercanos a ellos y lo que hay que hacer ante su forma de ser. La relación con Dios tiene que ver mucho con la imagen del padre y de la madre; conviene pues conocer cómo es esa relación.

Algunas ideas para trabajar en el grupo de catequistas y ponerlas en práctica:

- Expresar algunos sentimientos y emociones delante de ellos.
- Ayudar a que expresen los sentimientos dialogando con los niños y niñas en los momentos de la catequesis o fuera de ella.
- Hacerles ver que sentir no es malo, aunque el sentimiento sea negativo.
- Realizar gestos que expresen cariño (abrazos, besos, cogerse de la mano...) y animar a que manifiesten lo que sienten.
- Valorarles siempre, diciéndoles con frecuencia las cosas que hacen bien y animándoles a mejorar otras.
- Practicar ejercicios de silencio y relajación, con música tranquila.
- Destacar el mundo afectivo de los personajes bíblicos que se trabajen. Usar salmos o pasajes bíblicos adaptados y ricos en gestos afectivos.
- Realizar dinámicas y ejercicios de confianza.
- Animar las oraciones para que compartan expresiones que salgan del corazón.
- Cuidar en las celebraciones los gestos que expresen afecto (las canciones, el saludo de la paz...).



Religiosidad de los niños y niñas de esta etapa

Estamos en el momento de «autonomía religiosa». Es tiempo de cierta independencia en lo que el niño/a puede, quiere y realiza por su cuenta. Pero su religiosidad está todavía muy dominada por el ambiente y por los adultos, de manera especial por las actitudes y los comportamientos del padre y de la madre. De ellos reciben las influencias que configuran su espiritualidad.

El niño/a descubre el hecho religioso a través del adulto. De manera espontánea y sencilla imita a los adultos: sus lenguajes, sus acciones, reproduce sus sentimientos, se hace eco de sus actitudes. Pero cada vez es más consciente de lo que está más allá de los sentidos y descubre, poco a poco, su propio modo de explicar las cosas. Sus gestos religiosos van siendo cada vez más personales.

En esta etapa conviene apoyar la formación religiosa, asumiendo la realidad ambiental de cada persona. Es de gran importancia el testimonio familiar, cuya influencia se acepta con espontaneidad.

Los rasgos de los niños de esta edad denotan la apertura a cierta capacidad espiritual, pero vinculada al ambiente familiar. Elaboran unas primeras ideas generales y perfilan con coherencia juicios en áreas trascendentes (existe Dios, Jesús hace milagros, el bien exige esfuerzo, después de la muerte vamos al cielo, etc.). Se interesan por lo religioso con curiosidad creciente, dinámica y concreta. Sus explicaciones son elementales e incompletas pero ya son auténticamente religiosas.

Crean su propia imagen de Dios que visualizan a partir de los símbolos y cultos que frecuentan. Hay que presentar siempre a Dios como Padre bueno que quiere a sus hijos y que los cuida y ayuda constantemente. Para ellos, más que un Dios juez, es un ser superior, una fuerza misteriosa y protectora.

Su religiosidad está muy vinculada a la acción: hábitos, gestos, posturas, rezos, imitación de lo que hacen los adultos, lenguajes repetitivos... Es el momento de la iniciación en la oración, del nacimiento de la moral, del descubrimiento de los misterios religiosos, de los seres trascendentes, de valores éticos.

Consigna catequística para este momento es facilitar al niño relaciones con modelos religiosos vivos y cuidar con esmero el ambiente sano y positivo. Esto se consigue en el ambiente familiar mediante los buenos ejemplos y en los otros entornos en que el niño se mueve, con el descubrimiento y el contacto de personas buenas que se hacen cercanas. Ambas influencias resultan decisivas a esta edad.

Es el momento del descubrimiento de la comunidad eclesial. Nace un fuerte sentido de la colaboración y de la integración que supera la religiosidad individual. El niño descubre con facilidad su pertenencia a la Iglesia, los compromisos comunitarios y solidarios. Es un buen momento para acercarlos a la participación en la comunidad de la Iglesia y al significado de los sacramentos, de los tiempos litúrgicos, de las ceremonias religiosas, a la oración...



Les gusta colaborar activamente en el grupo al que pertenecen y se prestan fácilmente a realizar buenas acciones hacia los demás: ayudas, limosnas, apoyos. Sienten admiración hacia modelos concretos de comportamiento, les atraen los personajes modélicos. Esto permite resaltar continuamente los valores evangélicos que irán asumiendo gradualmente. Descubren que el amor a Dios se expresa en el amor a los demás y en los pequeños detalles: una oración, unas flores a María, visitar a algún enfermo, etc.

Modelo de persona que persigue nuestro proyecto

Teniendo en cuenta que optamos por una formación de la persona siempre en proceso, debemos concretar algunos de los rasgos que perseguimos:

a) Persona que asume su identidad y da sentido a su propia vida.

- Reconociendo y haciendo suyos los distintos niveles constitutivos de la persona: identidad corporal, psicológica, ontológica y metapsíquica.
- Se acepta tal como es; en consecuencia da una valoración positiva de sí mismo.
- Entiende su existencia como proceso dinámico de crecimiento.
- Conoce la realidad que le rodea adoptando una actitud constructiva y positiva.

b) Persona comunitaria, abierta a los demás.

- Valora y da importancia a los demás en su propia vida.
- Se siente miembro activo de la comunidad humana y cristiana donde vive.
- Consciente de su pertenencia a la comunidad eclesial.

c) Persona que ha descubierto y experimenta la Buena Noticia de Jesús.

- Conoce y asume los valores evangélicos como estilo personal de vida.
- Reconoce la vida como regalo y realización del amor de Dios.
- Considera su vida como vocación: llamada y respuesta.
- Descubre las mediaciones en las personas y hechos concretos de su vida.
- Va haciendo suya la utopía de Jesús.
- Vive su proyecto de vida acorde al mensaje de Jesús con actitudes concretas: filiación, relación fraterna y constructiva, opta por los pobres y marginados, respeta la naturaleza que le rodea.

d) Persona que vive el Evangelio al estilo de María.

- Acogiendo con fe la Palabra de Dios.
- Atento a las necesidades de los demás.
- Solidario con los pobres y necesitados.
- Con una vida sencilla.
- Al lado de Jesús en el sufrimiento y humillación.
- Presente en la Iglesia que ora.

e) Persona que vive en relación solidaria con los demás.

- En primer lugar con los deberes de la vida cotidiana. En este ambiente es donde se es y se desarrolla la persona.
- Sensible a las situaciones sociales y ecológicas del mundo.